



1939

por GRAZIELLA POGOLETTI
digital@juventudrebelde.cu

HACE 80 años España agonizaba. Era el preludio de la Segunda Guerra Mundial. Hitler medía sus fuerzas ante la pasividad de las potencias occidentales, refugiadas en una neutralidad que, en la práctica, constituía una complicidad vergonzante con el fascismo en expansión.

A partir del pronunciamiento y la rebelión militar contra la República nacida del voto popular, Francisco Franco contó con el apoyo de Italia y Alemania, que le entregaron recursos de toda índole y masacraron la población civil al bombardear ciudades abiertas.

El asesinato en Granada del poeta Federico García Lorca ratificaba el llamado a la muerte de la inteligencia. Ante la arremetida, hombres y mujeres de todo el mundo acudieron a combatir como voluntarios. Pablo de la Torriente Brau cayó en Majadahonda. La vulnerabilidad del régimen constitucional, solitario en su lucha, se acrecentó con la progresiva fragmentación de las fuerzas que lo sostenían.

El costo humano fue incommensurable para la península. A

los caídos en la guerra se añadieron las víctimas de la feroz represión desatada después del conflicto. Todavía hoy son muchos los desaparecidos cuyos cuerpos no han podido ser recuperados.

El exilio español se dispersó por América y Europa. El general Lázaro Cárdenas le abrió las puertas de México y el país se benefició con la decisiva contribución de los emigrados al desarrollo de la educación, la cultura y la ciencia. En contraste con la generosa solidaridad popular, el Gobierno cubano fue remiso en ofrecer ayuda. El destacado hematólogo Gustavo Pitaluga no pudo ejercer su profesión. A pesar de esas dificultades, un buen número de españoles, enamorados de la Isla, decidió permanecer aquí y sobrevivir a duras penas. Tuve la oportunidad de conocer a unos cuantos, representantes de un espectro político diverso y portadores de distintos saberes.

Solo la creación de la Universidad de Oriente concedió el espacio merecido al pedagogo Herminio Almendros, al profesor

de Literatura Juan Chabás, al químico Julio López Rendueles y al penalista José Luis Galbe que se había desempeñado como fiscal durante la República. Todos llevaban a su manera el dolor de España. Chabás era portador del sentimiento trágico de la vida. Almendros contrajo una bronquitis impenitente en el cruce de los Pirineos y padecía la separación prolongada de su esposa y los hijos.

El espacio no me alcanza para abundar en la personalidad y la trayectoria de los arriba mencionados. Quisiera, sin embargo, evocar dos historias singulares. Asiduo y activo participante en los debates de la Universidad del Aire conducida por Jorge Mañach, Manuel de la Mata se convirtió en figura reconocida en los medios intelectuales. Para sorpresa de todos, después del triunfo de la Revolución recuperó su identidad perdida. En verdad, se llamaba Francisco Calles. Prisionero en una cárcel franquista, pendía sobre su persona la amenaza de una posible condena a muerte. Se apoderó del pasaporte de

un cubano que le permitió, en virtud de esa falsa ciudadanía, obtener la protección de nuestros representantes diplomáticos en España.

Recuperada su documentación legítima, se convirtió en el director de un centro de enseñanza ejemplar, el instituto preuniversitario Raúl Cepero Bonilla, donde congregó un claustro altamente calificado y formó sucesivas promociones de estudiantes con brillante ejecutoria en distintas ramas del saber.

Con el vozarrón que estremecía en sus frecuentes ataques de ira, José Estrugo había sido un comerciante ajeno a los quehaceres de la vida política. Al producirse el pronunciamiento franquista, su conciencia ciudadana lo indujo a incorporarse a las milicias. Combatió en el Frente de Asturias a las órdenes del general Miaja. Acorralados por el enemigo en Gijón, la muerte amenazaba a los sobrevivientes refugiados en el aeropuerto. Los asesores soviéticos aseguraron una avioneta. En ella, Estrugo pudo cruzar la frontera francesa. Regresó a España. Quedó atrapado en Barcelona cuando las tropas falangistas invadían la ciudad. Esta vez no estaba solo. Lo acompañaba su esposa con el brazo derecho mutilado a consecuencia de los bombardeos de Madrid.

En el puerto permanecían

atrachados numerosos barcos franceses y británicos. Estrugo acudió a todos los capitanes en solicitud de ayuda. Se negaron, apelando a la neutralidad decretada por los respectivos gobiernos. Al cabo, recordó que en algún tiempo había sido masón. Se identificó con una contraseña. El inglés respondió. A pesar de las órdenes de Su Majestad, no podía abandonar a un hermano.

Así, después de un largo periplo, Estrugo encontró refugio en Cuba, donde siguió practicando su oficio de comerciante. Importaba, entre otras cosas, vinos chilenos. Soñaba con dejar sus huesos en España. No pudo lograrlo. Al cabo de tantas aventuras, murió al caer de una guagua. El contén de la acera le fracturó la base del cráneo. Pero, ya entonces, el triunfo de la Revolución Cubana le había devuelto las esperanzas.

Limitado en número, el exilio español en Cuba representaba la realidad profunda del país conocida por José Martí, un pueblo que resistió el brutal ataque fascista mientras rescataba, con letras renovadas, el cantar de las coplas tradicionales. Encontraron en Cuba una patria y un espacio para seguir fundando, para entregar trabajo y saber a la lucha por la emancipación humana, siempre la misma, acá y allá.



Sospechosas ventiscas en las redes

por RICARDO RONQUILLO BELLO
digital@juventudrebelde.cu

NO bien se habían aplacado los zarzapos del tornado que sacudió a la capital el pasado 27 de enero, cuando comenzó a sentirse un raro concierto de soplos para atizar, sobre los dolorosos escombros y duelos de la urbe, otros extraños y muy oportunistas remolinos.

Si como acuciosos meteorólogos de las tormentas, ya en este caso nada naturales, se hurga en la dirección que tomaron los vientos de estos otros ramalazos, se percibiría, desde el borde mismo y hasta el centro de este «raro rabo de nubes», que su mayor intensidad estaba dirigida a desacreditar la capacidad del Estado socialista para asistir con la urgencia y sensibilidad requerida los efectos del desastre. En contraposición, se intentaba glorificar los aires de un sector privado muy rápido y sensitivo y el de una ciudadanía solidaria atada a los burocratismos, prejuicios y la incapacidad de ese Estado.

Las condiciones atmosféricas que llevaron al desgarrón de finales de enero en la capital son fáciles de verificar, si nos atenemos a la sapiencia acumulada por los meteorólogos y otros especialistas criollos, pero vale la pena desentrañar qué condiciones —nada celestes— intentaron, y todavía lo pretenden, provocar esta otra tormenta.

En las fértiles sabanas camagüeyanas la sapiencia guajira intuiría que «verde con pinta, guanábana»: Estas vento-

leras, en las vísperas del ciclónico 24 de febrero y su referendo constitucional, no buscan otra cosa que tratar de remover, desde las cubiertas hasta los cimientos, el consenso que se ha buscado construir para darles un nuevo y esperanzador horizonte a la naturaleza y la estructura socialista de nuestro Estado con la nueva Constitución.

La jugada sopla muy claramente a favor de excitar la tempestad de un Estado incompetente y fallido, incapaz de solucionar, con su naturaleza socialista, los importantes problemas estructurales a los que buscan dar solución la actualización del modelo en este convulso y eruptivo siglo XXI, y que tendría como pivote central, precisamente, la renovada Carta Magna que ya recibió el visto bueno parlamentario y que ahora espera por la decisión del Soberano.

El vendaval artificial montado en las redes trata de ocultar, claro está, que el Estado cubano vive su «efecto híbris», como fundamenté en estas páginas en años recientes. Como en la mitología griega, aspira a encontrar sus límites verdaderos, porque, según aquellas creencias, todo lo que descuelga en demasía recibe los rayos y dardos de la divinidad.

El cuerpo de esa insoslayable institución para la justicia, la libertad y la soberanía en Cuba, desproporcionado por años, cede en tamaño y funciones, sin que ello implique hacerlo en propósitos, ni en autoridad, como puede corroborarse al repasar la propuesta discutida y

enriquecida por millones de cubanos en una constituyente a la que seguramente es difícil encontrarle iguales en este mundo, donde la satanización del Estado frente a la glorificación del mercado es la regla impuesta.

La trama para oponer a los emprendedores privados a nuestro Estado se alimenta cuando el nuevo modelo en construcción acepta que una cosa es este como propietario en nombre de la nación y del pueblo, y otra los diversos modelos en que puede gestionarse la propiedad, uno de los vuelcos conceptuales más notorios de los años recientes y recogido en la nueva conceptualización del modelo.

Esa aclaración permite avanzar en la ampliación del trabajo por cuenta propia o la pequeña propiedad personal o familiar, en la aceptación del concepto de propiedad privada, hasta la escala de pequeñas y medianas empresas, la apertura de cooperativas en el sector no agropecuario, la entrega de tierras ociosas en usufructo, el arrendamiento de locales estatales de servicios, y el incipiente propósito de transformar la empresa estatal socialista, vista como el corazón de la economía y de la actualización, entre otras definiciones. La apuesta es a un enlace natural entre el sector público y el privado en bien de la nación que, como es lógico, pudiera sufrir desencuentros en esta etapa de ajustes, pero que para nada deberían desembocar en contradicciones insalvables.

Dichas transformaciones permiten

saltar la barrera de una economía y una sociedad que viene de un fuerte acento verticalizador hacia otra más horizontal, con formas más socializadas de gestión de la propiedad, y en la que se definen las diferencias entre la propiedad estatal y la social, en beneficio de la segunda; todo lo cual debería zanjar el arrastre de las experiencias socialistas con respecto a la enajenación de los trabajadores de los procesos productivos.

El modelo socialista previsto en la Carta Magna que se someterá a aprobación deja atrás la creencia de algunos de que el poder del Estado —tan esencial para nosotros— provenía más de su tamaño que de otras distinciones. Ya descubrimos que esa sobredimensión era, en realidad, una de sus principales debilidades: una distorsión estructural que se busca corregir desde el 6to. Congreso del Partido, sin que ello implique vaciarlo o despojarlo de sus propósitos, ni de su autoridad.

Claro que un Estado tan expansivo y vigoroso como el que levantamos en la Cuba revolucionaria provocó sus dosis de autoritarismo —y otros ismos reconocidos y reprochables—, aunque sería injusto y desproporcionado desconocer que el verdadero poder de esa instancia radicó en su justa inmanencia, su raigal vocación de servicio al pueblo, la sorprendente obra social edificada, la libertad, soberanía y dignidad garantizadas, y el consenso que todo ello le ofreció, sin lo cual, en medio del aparatoso y criminal cerco impuesto por Estados Unidos, no hubiese sobrevivido.

En contra de ese consenso es que soplan estas prefabricadas ventiscas invernáticas.